



**RED LATINOAMERICANA
DE INVESTIGADORES
SOBRE TEORÍA URBANA**

II Seminario Internacional sobre Teoría Urbana
18-20 de febrero de 2015, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín)

EL IMAGINARIO SOCIAL COMO CAMPO DE DISPUTAS POR LA SIGNIFICACIÓN DE LA SEGREGACIÓN URBANA.

Alfredo Santillán Cornejo

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Ecuador
(asantillan@flacso.edu.ec)

Palabras claves: Imaginarios urbanos, subjetividad, representación, segregación socio-espacial.

Resumen:

Esta ponencia aborda de la segregación socio-espacial como un fenómeno particularmente importante en América Latina en el que se pone de manifiesta las desigualdades estructurales que conforman las sociedades y por ende las ciudades latinoamericanas. Pero plantea su abordaje desde el componente simbólico de la segregación, centrándose en las representaciones del espacio segregado como una manera de dar sentido a las diferencias, en este campo propone el estudio del componente imaginario como el campo del cual emergen las representaciones que tienden a estigmatizar ciertos lugares en donde antes que la racionalidad económica se ponen de manifiesta la subjetividad como un campo constitutivo de la lucha social.

1. Pensamiento dicotómico y teoría urbana.

Desde hace varias décadas las ciencias sociales y humanas han desplegado una amplia producción de insumos teóricos y empíricos referentes a las relaciones entre lo social y lo espacial, a tal punto que incluso algunos autores hablan de un “giro espacial” en el pensamiento social contemporáneo, (Luis Peña 2011; Foucault, Michel 2014; Lindón Alicia 2014), Esta preocupación ha desafiado las fronteras disciplinarias tradicionales pues resulta un acuerdo común admitir que ninguna disciplina por sí tiene posibilidades de dar cuenta de las múltiples aristas que componen la experiencia humana profundamente ligada al espacio que la constituye.

En este contexto campos de reflexión que acogieron tradicionalmente el estudio de la espacialidad como “su” objeto particular de estudio como la geografía, la arquitectura, o el urbanismo, han vuelto la mirada a fenómenos definidos como “culturales”, y de esta forma han constatado la importancia de la construcción de significados sobre el entorno como un elemento esencial de las formas de habitarlo. En un sentido similar las disciplinas que se han centrado en la comprensión de la cultura como su campo analítico específico han “descubierto”, por decirlo de algún modo, la importancia de la espacialidad como agente activo de las relaciones sociales.

Sin embargo es curioso que el resultado de estas exploraciones llegue a formulaciones muy similares, en tanto queda clara la relación indisociable entre sociedad, cultura y espacio, pero que se produzca con poco contacto entre los referentes teóricos de cada disciplina, pues no es frecuente encontrar en cada una referencias a los aportes de las otras “propietarias” del campo al que se pretende acercarse. Un ejemplo paradigmático es la idea de “topofilia” propuesta por Yi-fu Tuan, (Tuan Yi-Fu 2007) y que se ha convertido en un referente fundamental en el desarrollo de la geografía humana, que resulta muy similar en varios aspectos a la definición de “lugar antropológico” propuesta por Marc Augé (Augé Marc 2001), desde la antropología.

Uno de los puntos más destacados en estas teorizaciones es reconocer la necesidad de mirar la subjetividad en la producción cultural del espacio. Desde las miradas disciplinarias existe la coincidencia de reconocer la importancia de las emociones, los afectos, la imaginación, el deseo, la identificación, la cognición, el recuerdo, entre otros procesos relacionados con la subjetividad que forman parte sustancial en los procesos de dotación de sentido al lugar. Esto ha inspirado nuevos contactos con otras disciplinas como la psicología, cuya tradición en la comprensión de los procesos intersubjetivos ha derivado hacia la espacialidad generando sub-disciplinas como la psicología ambiental.

Este auge de reflexión en torno a la comprensión del espacio como señala Cuervo (Cuervo Mauricio 2003) sugiere desarrollar un camino de trabajo académico centrado en producir un diálogo entre saberes existentes antes que orientar los esfuerzos en producir la “gran teoría” del espacio que integre todos los campos del saber en su estudio. Este trabajo de integrar lo ya existente requiere afinar el proceso de diálogo generando protocolos de intercambio de recursos teóricos que recuperen críticamente los presupuestos epistemológicos que fundan los saberes de cada disciplina y en esta dirección apunta esta ponencia.

Algunos autores coinciden en que un limitante sustancial en la reflexión sobre la dialéctica entre lo social y lo espacial es que el vocabulario es aún poco preciso y en algunos casos hasta metafórico. (Gorelik Adrián 2014; Rita Segato 2006) El uso indistinto que

frecuentemente se hace de los términos: 'espacio', 'lugar', 'territorio', incluso 'paisaje' y de algunas formas lingüísticas como 'espacialidad' o 'territorialidad', dificultan identificar si en efecto se está hablando del mismo tipo de fenómenos. Si se examina con más detenimiento el uso de estos términos se puede apreciar que en el fondo intentan diferenciar de manera dicotómica la dimensión física del componente simbólico de los fenómenos espaciales, en algunos casos la oposición se centra en separar el componente natural (entendido como geográfico) de la apropiación y uso social, en otros casos la oposición se centra en el espacio construido, material, como la ciudad, y por otro lado el proceso de apropiación y significación que le dan los habitantes.

Así es común en la literatura encontrar debates acerca de cuál de los dos términos capta mejor sea las propiedades físicas o la dotación social, y dentro del mismo campo del estudio del espacio producido por el hombre aparece la lógica dualista que establece una diferencia entre el simple hecho de "ocupar" un espacio y de "vivenciarlo" plenamente generando arraigo. En esta distinción un recurso frecuente en el léxico utilizado es el uso de algún calificativo adicional que ayude a captar la diferencia como es la noción de Michel de Certeau de "espacio practicado" para diferenciarlo del simple "espacio" (Michel de Certeau 1996) o la idea de "lugar antropológico" de Augé opuesto al "no lugar" que es carente de las propiedades antropológicas. (Augé Marc 2001) En definitiva la producción de teoría urbana está atravesada por un marcado pensamiento dicotómico que asume la posibilidad de existencia de un 'espacio' per se, pre-existente, vacío de significación, narración, apropiación, o uso dependiendo del caso, y un espacio finalmente "humanizado", dotado de existencia social en tanto forma parte de un orden material y/o simbólico específico.

Una buena parte del trabajo teórico actual en las ciencias sociales está centrado en cuestionar los fundamentos mismos de la lógica dualista que es la base del pensamiento dicotómico que ha marcado fuertemente la ciencia occidental. Un punto de partida para ensayar una lectura no dicotómica está en ubicar la premisa epistemológica de que la representación es un componente constitutivo del proceso de construcción de la realidad, como consecuencia todo fenómeno espacial solo puede existir como representación. Entonces la diferencia que el vocabulario intenta establecer no puede plantearse en una ausencia/presencia de representación, y por ende de dotación de sentido, sino que puede entenderse mejor como la construcción de una frontera que es al mismo tiempo material y simbólica entre lo que es considerado propio y constitutivo para un colectivo y lo que resulta ajeno o "exterior".

Así la diferencia entre el "simple" espacio físico y el espacio simbolizado no es una frontera entre espacios de naturaleza distinta sino que es una diferencia dentro del campo de los juegos por la representación del lugar, pues ésta resulta constitutiva de lo que el lugar "es", en otras palabras la existencia social del objeto no radica únicamente en su existencia fáctica sino en la posición que ocupa en un orden simbólico determinado. Partiendo de esta premisa la ponencia se centra en examinar los recursos conceptuales posibles para comprender la representación de la segregación socio-espacial en las ciudades latinoamericanas, para lo cual se centra en la potencialidad del uso de la concepción de imaginarios urbanos para este propósito.

2. Representación y economía política del espacio en perspectiva dialéctica.

2.1 Imaginario urbano: la subjetividad de la representación de la ciudad.

“¿Cómo hablar de la ciudad-cosa (casa) o de la "cosa en sí misma", de la cual, entre otros ilustres profesionales, se ocupan los arquitectos, cuando sabemos que la percepción es parte de esa cosa-casa?” (Armando Silva 2004, 84) Esta interrogante plantea Armando Silva en referencia al desarrollo teórico de su concepción de “imaginarios urbanos”, en la que problematiza la referencia permanente a la ciudad como estructura física, dejando por fuera su representación, lo que llamará la “ciudad imaginada”. Esta pregunta se asienta en la concepción epistemológica de que toda ‘realidad’ es una representación pues no existe por fuera de la conciencia que la capta y entra en tensión con las visiones, muy comunes en la discusión sobre los fenómenos urbanos, que reducen la ciudad a su estructura material.

El desarrollo histórico de esta concepción epistemológica apunta a considerar la imposibilidad de separar el objeto de su representación, una crítica profunda al positivismo en tanto asume que la “realidad” no es un hecho fáctico sino una reconstrucción mental, es en definitiva el resultado de un proceso cognitivo que el sujeto despliega a partir de conjugar varios insumos de información empírica o no. Varias de las referencias teóricas de este autor situadas en el psicoanálisis, en la filosofía, y en la semiótica, constituyen los soportes de la teoría de “imaginarios urbanos”.

Esta perspectiva, con las implicaciones teóricas y metodológicas que conlleva, es utilizada para comprender los distintos modos en que los ciudadanos “hacen” la ciudad, entendiendo que las prácticas urbanas parten de percepciones subjetivas. Lo que se hace o se deja de hacer en la ciudad, los lugares a los que se va o a los que se deja de ir están marcados por lógicas colectivas de percepción sobre la ciudad, más concretamente sobre deseos ciudadanos surgidos de la vida en común, como sostiene el autor. Así, señala que el punto central del estudio de la vida urbana es que:

No vamos, entonces, tras la ciudad física, sino hacia aquella hecha por la percepción ciudadana. Una ciudad subjetiva que se construye mediante mecanismos psicológicos interactivos entre colectividades ciudadanas. (Ibíd, 14)

Sin embargo una virtud adicional del marco conceptual propuesto por Silva es que no se limita a identificar la representación de la ciudad como el objeto de estudio en sí, sino que la entiende como un vehículo para la expresión de construcciones intersubjetivas más profundas, justamente lo que el autor denomina “imaginarios urbanos”. Este concepto no es una formulación exclusiva del pensamiento de Silva sino que tiene un campo semántico sumamente variable en distintos autores dependiendo de las concepciones que se tenga de los dos términos que están en juego, una concepción del imaginario y una concepción de lo urbano. De ahí que su uso es frecuentemente impreciso y requiere un trabajo de esclarecimiento.

Daniel Hiernaux (Hiernaux Daniel 2007) presenta un balance muy pertinente respecto a la introducción del concepto de ‘imaginario’ en trabajos orientados a comprender diversas prácticas culturales relacionadas con la ciudad, señalando que es usado con cierta libertad para volver la mirada a los fenómenos culturales como componente vital de la vida urbana pero sin una sistematicidad teórica que delimite los fenómenos que pueden ser comprendidos con esta categoría ni la metodológica para dar cuenta de ellos. Así bajo esta acepción se han estudiado las prácticas cotidianas, usos y apropiaciones de los espacios físicos, las representaciones propiamente de la ciudad y sus partes (por ejemplo los Centros Históricos) o algunas interconexiones directas entre usos y representaciones como el miedo al ‘otro’ y la consiguiente fortificación urbana. (Ibíd).

No obstante para esta tarea de precisión teórica el autor sugiere tomar como base de apoyo el trabajo de Gilbert Durand como uno de los autores pioneros en introducir en el vocabulario académico la noción de imaginario como práctica social de simbolización que “da sentido” a la simple representación. Siguiendo a Durand el imaginario se instala como mediación entre la percepción y la representación, es decir que la realidad captada por la percepción es transformada por la imaginación y este proceso arroja como resultado la representación de esa realidad. Esta concepción del imaginario tiene algunos puntos similares con la propuesta por Silva, sobre todo respecto a que el imaginario funciona como trasfondo de la representación, es lo que “hace representar” pero no son equivalentes, pues se estudian las representaciones para deducir los imaginarios que las producen.

Pero también se pueden encontrar diferencias importantes, sobre todo en la relación entre percepción e imaginario puesto que en la acepción de Durand el imaginario trabaja sobre el material provisto por la percepción para representarlo y así simbolizarlo y darle sentido, mientras que en la acepción de imaginario de Silva, conforme el psicoanálisis, el imaginario afecta también la percepción misma pues en sus propias palabras: “el ver está reglamentado socialmente, (...) no vemos con los ojos propiamente, (...) los imaginarios nutren las visiones, y por ello las operaciones visuales y cognitivas de la ciudad operan bajo formas recónditas de censura que afectan la percepción”. (Armando Silva 2013, 39)

Esta es una de las particularidades de la formulación de imaginarios urbanos pues permite acercarse al componente altamente subjetivo de las producciones imaginarias al entenderlas correlacionadas con las estructuras inconscientes, con las operaciones propias del deseo como impulso profundo de las fabulaciones. En esta perspectiva como sostiene Silva “los imaginarios urbanos se ocupan de algo más efímero e inasible, de los deseos, goces, y proyecciones de afecto ciudadano que hacen mella grupal y se instalan como modos de ser de una comunidad en un momento o por largos periodos en el tiempo”. (Ibíd: 184)

En esta concepción es fundamental la noción de “fantasma” como soporte epistémico de que la “realidad” para el sujeto no es otra cosa que su propia ficción. Esta noción es sustancial en el psicoanálisis y está directamente articulada a la relación entre deseo y lenguaje, en la cual la estructura psíquica del sujeto se origina en la búsqueda de su lugar en el deseo del Otro al preguntarse por la distancia entre lo que el Otro dice y lo que efectivamente desea. Este abismo es esencialmente incierto y es llenado precisamente por la especulación fantasiosa que hace el sujeto de su posición frente al deseo del Otro dando origen al fantasma; así la respuesta imaginaria se convierte en una verdad para el sujeto pues guía sus acciones convirtiendo la fabulación en su “realidad”.

Todo este anclaje de la noción de imaginarios en la teoría psicoanalítica permite entenderlo como una ventana para acercarse a lo más profundo del ordenamiento social, pues el imaginario no se reduce a la faceta inventiva de la fabulación, -aunque no desmerece la creatividad con la que opera-, sino que dota a la acción de fantasear de un trasfondo, se imagina por la necesidad de dar respuesta a algo que está irresuelto y por ende se constituye en una actividad indispensable para la misma existencia.

Esta explicación de la base conceptual de la noción de imaginario nos lleva a problematizar la representación de los espacios urbanos de otra manera. Si partimos de que el imaginario pone de manifiesto situaciones vitales de la vida urbana para los ciudadanos, es posible preguntarnos ¿por qué se privilegia la representación de ciertos lugares en vez de otros? y ¿por qué se los representa de cierta manera en lugar de otras posibles? Estas preguntas apuntan a indagar en el juego profundo de la representación, como bien plantea Silva “los imaginarios hacen aparecer representaciones” (Ibíd 41), pero estas representaciones no son casuales ni inocuas, por el contrario en ellas se juega la significación de los lugares y en ello se pone en disputa las condiciones de su existencia social.

2.2 La economía-política de la representación del espacio.

La construcción teórica que propone Silva para el estudio de la “ciudad imaginada” desde sus inicios en los años 90’s hasta la actualidad ha venido ganando en dotarse de una perspectiva política. En un principio, como lo expresa la primera cita al autor en este capítulo, encontró un espacio de desarrollo como crítica al discurso hegemónico de la ciudad anclado en el urbanismo tecnicista que reduce el debate sobre lo que se debe y puede hacer sobre la ciudad a los saberes de los expertos en el cual desaparece la agencia de los propios ciudadanos en “hacer la ciudad” a partir de sus experiencias y usos.

Una manera sintética de presentar esta evolución es que en sus inicios la “ciudad imaginada” aparece como obra de los ciudadanos (urbanismo ciudadano) y no de los expertos quienes tienen a su cargo la construcción de la ciudad física”, en este sentido los estudios primarios de imaginarios urbanos buscan sobre todo evidenciar la distancia entre la ciudad física y la imaginada. Actualmente el avance teórico sugiere que el estudio de los imaginarios no se limitan a descubrir la ciudad imaginada detrás de las prácticas ciudadanas sino a poner en evidencia su connotación política en tanto, en palabras de Silva, “los imaginarios urbanos como formas inventadas por los ciudadanos (...) rivalizan, interrogan y dialogan con las formas materiales de los arquitectos, de los diseñadores, en fin, de sus operadores físicos”. (Ibíd: 172)

Para dimensionar mejor este avance resulta útil retomar el balance que hace Hiernaux respecto a que dada la reducción de la comprensión de la ciudad a las lógicas materiales es que los estudios iniciales de imaginarios urbanos (no solo los impulsados por Silva) irrumpieron con fuerza en la discusión urbana ganando espacio por su novedad al volver la mirada al componente cultural de las ciudades. Pero en esta apertura se mantienen desconectados en buena medida de las lógicas económicas y políticas excluyentes que caracterizan sobre todo a las ciudades latinoamericanas. En este sentido la extensión teórica de la formulación inicial al integrar tanto el sentido de lo público en las construcciones imaginarias y al reforzar teóricamente su cualidad estética, este modelo gana sustancialmente en las posibilidades de generar estudios críticos. Como sostiene el autor:

“Un nuevo urbanismo ciudadano buscará, mediante distintas estrategias de base estética, una nueva ética de convivencia, mediante la ampliación de lo público y un renovado urbanismo que pretende cambiar la misma forma del urbanismo arquitectónico, y donde todo no está a la vista ni a la venta. (Ibíd: 165)

Este avance teórico no está de ningún modo acabado, considero que es un paso epistemológico fundamental para un diálogo con una gran cantidad de pensamiento crítico sobre el espacio urbano centrado en evidenciar los efectos de la lógica económica y política en la producción de desigualdades socio-espaciales. Un primer punto de contacto está en la desmitificación de la ciudad como obra de los saberes especializados. Los trabajos ya clásicos de Lefebvre se caracterizaron justamente por la crítica a la idea común de que el ordenamiento urbano es fruto del trabajo de los planificadores de la ciudad, cuando ciertamente “resulta de las relaciones de producción dirigidas por un grupo activo” (Henry Lefebvre 1983), en donde los mismos urbanistas están inmersos en estas relaciones de producción.

Siguiendo esta línea de pensamiento lo que Lefebvre llama la “ilusión urbanística” encubre las fuerzas sociales que producen un ordenamiento particular del espacio en tanto la planificación urbana aparece como un ejercicio exclusivamente técnico sin connotaciones económico-políticas. Esta perspectiva, asentada fuertemente en la tradición marxista, permite repensar la producción material de la ciudad anclada generalmente en dos actores principales: las instituciones públicas y el mercado inmobiliario. Esto permite preguntarse sobre el proceso de formación de la ciudad física como orden socio-espacial en disputa, no como algo dado y posteriormente significado por los ciudadanos que resultarían ajenos a las fuerzas sociales que determinan explícita o encubiertamente el acceso a los distintos recursos que ofrece la ciudad.

Uno de los grandes aportes de este autor es justamente la problematización del espacio, y más concretamente su reflexión acerca del papel de la representación en su proceso de producción. En sus propias palabras:

Observamos que el pensamiento de los tecnócratas oscila entre la representación de un espacio vacío, casi geométrico, ocupado solo por los conceptos, las lógicas y estrategias a nivel racional más alto y la representación de un espacio por fin llenado, ocupado por los resultados de esas lógicas y estrategias. En primer lugar, no se dan cuenta de que todo espacio es producto, y, luego de que este producto no proviene del pensamiento conceptual, el cual no es inmediatamente fuerza productiva (Ibíd(Park Robert 1999): 159)

Una de las potencialidades de la perspectiva de Lefebvre es que adscribiéndose al materialismo asume la representación como un componente fundamental de su mayor aporte conceptual, la idea de la ‘producción social del espacio’. Precisamente la perspectiva materialista conduce a sospechar de la abstracción como principio epistemológico que atraviesa la planificación urbana, situando una crítica al “deber ser” del espacio impuesto desde el formalismo de la geometría. Ésta lógica de representación construye entonces en ideología hegemónica que encubre procesos materiales constitutivos de las formaciones espaciales. Pero también este enfoque deja abierta la posibilidad de situar el análisis crítico de la producción del espacio en el plano de las disputas por la representación, los intereses que están en juego en las representaciones hegemónicas y las formas en que éstas son desafiadas por diversos actores.

El alcance de esta ponencia no contempla un esfuerzo por conjugar a nivel epistemológico matrices de pensamiento sobre la ciudad tan diferentes como la de “imaginarios urbanos” con la idea de “producción social del espacio” a pesar de la importancia que ambas señalan al componente representacional del espacio urbano. Incluso pese a que ambas coinciden en una crítica significativa a la lectura de la ciudad dominada por el pensamiento urbanístico, lo hacen desde ópticas notablemente distintas.

Sin embargo nuevamente resulta sugerente el llamado de Hiernaux a no desligar los estudios de imaginarios de las lógicas materiales que producen la ciudad, se podría añadir a esta postura la necesidad urgente de introducir en los estudios urbanos de carácter crítico los procesos de significación que atraviesan la vida urbana, pues el énfasis en el estudio de la economía-política ha relegado muchas veces la comprensión de los fenómenos culturales que son sustanciales a la vida urbana.

Por ejemplo el acercamiento a la representación en los enfoques de orientación marxista enfatizan su carácter intencional y los efectos ideológicos que conllevan, son los intereses en disputa los que conducen a determinada forma de representación, sin embargo este énfasis oscurece las proyecciones subjetivas y la dimensión estética que se manifiestan en la representación, que en cambio son los pilares de la teoría de imaginarios.

Los aportes de ambas miradas a la representación visibilizan la importancia de mirar los conflictos socio-espaciales en su dimensión simbólica, pues las disputas por el espacio no solo se presentan en el orden de la ocupación territorial -que es lo que más comúnmente se atiende- sino que también se ejercen en el campo de los significados, en las construcciones semánticas que desde los sujetos definen los contornos de su existencia social vinculados al lugar físico y simbólico que ocupan en la ciudad. Esta discusión teórica orienta el camino para utilizar el marco conceptual de imaginarios urbanos para la comprensión de uno de los fenómenos que mejor evidencia la dinámica actual del capitalismo en las ciudades latinoamericanas como es la segregación socio-espacial.

3. Segregación socio-espacial: orden físico y simbólico de la desigualdad urbana.

La preocupación por la construcción de fronteras intra-urbanas ha sido una de las temáticas de mayor recorrido investigativo y teórico en los estudios acerca de la ciudad. En general el interés por entender la manera en que la estratificación social sea por clase, raza, origen migratorio se traduce en delimitaciones espaciales es uno de los temas clásicos de la sociología y la antropología urbanas a partir de los trabajos de la Escuela de Chicago a inicios del siglo XX, en donde la idea de ecología urbana determinó la imagen del “mosaico” para representar las distintas áreas diferenciadas geográfica y socialmente, cuya coexistencia Robert Park definía como la “lucha por espacio”. (Park Robert 1999)

Más allá de las limitaciones y los sesgos funcionalistas de la producción teórica de esta tradición de pensamiento, la idea inicial del espacio como un recurso en disputa por distintos grupos sociales tiene plena vigencia y ha ido evolucionando su estudio a partir del vocabulario empleado pues se habla de ‘división’ en los trabajos más centrados en los elementos físicos de las distintas áreas, de ‘segregación’ en los estudios que enfatizan componentes sociales, o de ‘fragmentación’ en los trabajos que observan la contigüidad física de las áreas de mayor desigualdad.

A partir de los años 90's hasta la actualidad existe un renovado interés de la antropología urbana en la segregación sobre todo desde lo que varios autores denominan la “racialización” de las desigualdades urbanas relacionada con del auge del neoliberalismo sobre todo en Estados Unidos y algunos países europeos. (Wacquant Loic 2001; Bourgois Philippe 2010) Una característica interesante de estos trabajos es que han retomado la temática fundacional de la Escuela de Chicago centrado en la marginación social y la conformación de guetos, pero ha añadido una mirada estructural relacionando la nueva

segregación con las dinámicas del capitalismo post-fordista que genera la marcada des-industrialización de las ciudades y el consecuente desplome del empleo fabril que resultaba vital en la economía de la ciudad industrial. A esto los autores añaden el desmantelamiento de las políticas sociales del Estado de Bienestar generando una mayor vulnerabilidad en las poblaciones marginales.

Además una de las mayores virtudes de esta mirada renovada al gueto es que apunta a comprender la interacción en los procesos estructurales de la segregación con la manera en que se encarna el confinamiento espacial en las trayectorias individuales de los sujetos. Así se configura una suerte de “entorno hostil” marcado por la degradación espacial y por la cotidianidad de la violencia expresada en prácticas autodestructivas como el abuso de estupefacientes, las muertes violentas, la violencia de género, entre otras muestras de lo que algunos autores han llamado “sufrimiento social”. La literatura es clara en señalar que esta relación entre espacio degradado y sufrimiento social no es mecánica ni determinista, es decir que son las condiciones estructurales las que producen este enlace y no las condiciones ambientales deterioradas las causantes de los comportamientos violentos.

Este señalamiento es importante por la tendencia en el pensamiento urbanístico a lo que Peter Hall ha llamado la “solución espacial” de los problemas sociales, pues desde finales del siglo XIX esta ideología atribuía a las condiciones del espacio urbano la capacidad de producir determinadas conductas sociales, las condiciones de hacinamiento e insalubridad de los barrios marginales fueron pensadas como causantes directas de la promiscuidad y poco sentido moral de las clases populares, por lo que era posible corregirlas creando espacios urbanísticamente apropiados. (Peter Hall 1996) Frente a este determinismo espacial, los estudios contemporáneos presentan un análisis dialéctico entre las características del hábitat y las interacciones sociales y le dan importancia al campo simbólico como mediación fundamental que da sentido a la relación entre el espacio físico y las maneras de habitarlo.

4. Espacio degradado ¿subjectividades degradadas? Límites del “efecto de lugar”

Uno de los fundadores de esta mirada renovada a los barrios estigmatizados es Pierre Bourdieu, quien toma como referente la situación de los barrios marginales en Francia marcados por el deterioro material y portadores de fuertes estigmas territoriales a partir de la ocupación por migrantes venidos sobre todo desde el norte de África en la década de los 90's. En este contexto Bourdieu construye el argumento del “efectos de lugar” (Pierre Bourdieu y et.al. 1999) en el que señala que existe una simetría entre el “espacio material” y el “espacio social” en la medida en que la jerarquización social produce como consecuencia un orden espacial jerarquizado.

Desde esta óptica es ilustrativo su análisis de la forma en que el espacio urbano deteriorado contiene una fuerza simbólica capaz de marcar negativamente a quiénes lo habitan, de estigmatizarlos. En sus propias palabras:

“el barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quiénes lo habitan, los cuales, a cambio, hacen lo mismo con él, ya que, al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten con él sino su común excomuniación” (Ibíd., 126)

Justamente la larga trayectoria del autor en comprender la fuerza de la dominación simbólica, se aplica en este caso al evidenciar las dimensiones objetiva y subjetiva de exclusión de los habitantes al asociar su posición social con su ubicación espacial: “el lugar que ocupan”, es decir la dimensión simbólica detrás de la dominación social, expresada “en” y reforzada “por” la estructura urbana como objetivación de la desigualdad. Y es el poder simbólico de esta asociación lo que explica algunas prácticas sobre el espacio tales como la búsqueda de movilidad residencial como estrategia para “escapar” de la estigmatización, o en su defecto el vandalismo, el uso de la violencia contra el mismo hábitat, como forma de devolver al espacio físico la fuerza simbólica de marcar a sus ocupantes. (Ibid., 125)

La aproximación propuesta por Bourdieu ha generado muy variados estudios sobre barrios marginales en Estados Unidos, Europa y América Latina. Los estudios empíricos en lugares caracterizados por esta combinación de deterioro material y desvalorización social trabajan mayoritariamente sobre la conceptualización de “barrios estigmatizados”. Uno de los aportes más significativos que presenta esta perspectiva es justamente evidenciar la forma en que el estigma espacial se desplaza hacia los pobladores del barrio.

Los ejemplos más documentados son casos de barrios calificados como “peligrosos” o “violentos” y cuyos pobladores son representados también con estas características, identificación que tiene repercusiones prácticas en la vida de las personas en tanto influye en temas como el acceso a empleo, a ciertos servicios sociales, o en casos más dramáticos las instituciones de control como la policía y la justicia actúan en consecuencia con esta analogía. (Ver: Wacquant Loic 2001; 2010; Teresa Pires do Rio Caldeira 2007; Bourgois Philippe 2010) El valor de estos insumos es que al dar voz a los sujetos emergen relatos ilustrativos que muestran las tensiones que genera la catalogación social a través del lugar de residencia como una carga difícil de sobrellevar y que genera sentimientos de resignación y rechazo frente al estigma, lo que refuerza en definitiva el componente simbólico de la dominación en tanto los factores estructurales de la segregación se invisibilizan, responsabilizando así a los propios residentes del abandono físico y desprestigio del lugar.

No obstante también existen algunos trabajos, sobre todo en América Latina, que recogen la esencia del argumento bourdiano pero presentan matices importantes y comentarios críticos a partir de testimonios en los que se pueden vislumbrar sentidos de autoafirmación que intentan revalorizar el barrio y la gente que lo habita, y con esta evidencia empírica sostienen que es necesario reconstruir y adaptar el argumento del “efecto de lugar” -tan seguido en Francia y Estados Unidos- en tanto muestra cierta “pasividad” de los sujetos frente a la disputa por la significación del lugar. (Ver: María Carman, Neiva Vieva da Cunha, Ramiro Segura 2013; Emilio Duhau y Ángela Giglia 2008)

El aporte de los trabajos latinoamericanos parte de reconocer la auto-producción del hábitat, como una de las particularidades constitutivas de la urbanización latinoamericana; frente a las racionalidades altamente restrictivas de la producción de vivienda en manos de las instituciones estatales y más aún de la racionalidad del mercado inmobiliario, los sectores de menores recursos han optado masivamente por una lógica propia calificada generalmente como “informal”, pero que está profundamente estructurada, lo que Pedro Abramo denomina “lógica de la necesidad”. Así mediante diversos mecanismos informales los sectores marginales en América Latina no solo que han podido acceder a

suelo urbano, sino que la auto-organización se ha puesto en marcha sistemáticamente también para la misma construcción de vivienda y de infraestructuras colectivas. (Bolívar Teolinda y Erazo Jaime 2013; Pedro Abramo 2011) Esta bibliografía es clara en señalar que la auto-producción del hábitat requiere la puesta en acción de distintos capitales económicos y sociales como la solidaridad y reciprocidad, así como diversas racionalidades técnico-constructivas. Así mismo las negociaciones con las instituciones públicas en pos del reconocimiento jurídico y la dotación de servicios y equipamientos han sido llevadas a cabo por organizaciones vecinales que han logrado importantes aprendizajes al momento de negociar con este tipo de instancias logrando formar un valioso capital político no exento de las dinámicas clientelistas con que opera el sistema político de gobierno nacional-local.

Adicionalmente los trabajos de corte más antropológico también han sumado datos relevantes de estrategias de disputa simbólicas por la revalorización del lugar mostrando que las luchas urbanas no se quedan en la dotación física de equipamientos o servicios sino que apuntan a reivindicar el sentido de pertenencia a la ciudad mediante el reconocimiento que se le da a los barrios marginales. (María Carman, Neiva Vieva da Cunha, Ramiro Segura 2013) Este tipo de trabajos abren posibilidades de comprensión de cómo funciona la segregación en las ciudades del continente pues si bien existe en la región una amplia literatura especializada que ha perfeccionado ampliamente los procedimientos de medición de la segregación socio-espacial (Jaramillo Samuel 2009; Sabatini Francisco et al. 2010), no existe el mismo avance en la búsqueda por entender el sentido que le dan los habitantes a vivir las fronteras intra-urbanas dentro de un orden simbólico excluyente. Más aún cuando aparecen fenómenos como la contigüidad residencial entre sectores de altos ingresos y sectores marginales, en donde pese a la proximidad física, la abismal distancia social entre ambos grupos genera procesos de significación que dan sentido a estas paradojas.

Por otro lado es importante señalar que las condiciones de acceso a suelo urbano y vivienda son un referente empírico sustancial para impulsar la reflexión pues cabe notar que los barrios estigmatizados sobre los que trabaja la literatura estadounidense y europea corresponden en gran medida al modelo de “vivienda pública”, propiedad del Estado que es cedida -bajo diferentes modelos de concesión- para su ocupación por familias de clases populares como parte de las políticas asistenciales; mientras que en el caso de los barrios populares de las ciudades latinoamericanas se caracterizan por apuntar a un modelo de propiedad privada tanto en el caso de los proyectos de vivienda social impulsados por el Estado o el mercado inmobiliario como en el caso de la vivienda informal auto-producida. Si bien la idea dominante de “ser propietario” ha sido objeto de análisis críticos enfatizando su carácter ideológico (Alicia Lindón 2005) antes que su efecto real en la consecución de un patrimonio económico heredable, existe una valiosa literatura que refuerza la importancia de la construcción de sentido de pertenencia al lugar como insumo para pensar las diversas formas de disputar los efectos de la estigmatización espacial. En esta dirección adentrarse en las subjetividades que se entretejen para constituir el ‘habitar’ más allá de la racionalidad económica constituye un camino innovador para la teoría urbana latinoamericana pues permite contrastar la imagen prejuzgada del deterioro material con el supuesto deterioro social.

5. Subjetividad, imaginario y sentido de habitar.

El reconocimiento de la importancia de la subjetividad para las ciencias sociales contemporáneas ha resultado uno de los campos más fructíferos de investigación, los

estudios sobre cuerpo, emociones, sensibilidades, identidades, memorias, imaginarios y muchas otras expresiones subjetivas de la vida en común han renovado de alguna manera las explicaciones clásicas de la dinámica social. (José Luis Grosso; y María Eugenia Boito 2010; León Emma y Zemelman Hugo, (Coords) 2007) Sin embargo el uso de este concepto no deja de ser problemático, como bien señala Zemelman:

“La principal dificultad en el estudio de la subjetividad, de sus dinámicas constitutivas, consiste en no reducirla a mecanismos propios de la subjetividad individual, o en su defecto, a una reconstrucción de las condiciones externas que, eventualmente, la determinan. Por eso el desafío consiste en encontrar un concepto de subjetividad constituyente que no sea operativo por reducciones al plano de las variables psicológicas, como tampoco que sea resuelto como simple expresión de procesos macro-históricos”. (Hugo Zemelman 1997, 22)

Esta visión permite posicionar el tema de la construcción de la subjetividad social como una arena densa en procesos macro y micro sociales, pues no se explica como derivación necesaria de las condiciones estructurales, ni se agota en el psiquismo del individuo. En esta línea de trabajo la subjetividad aparece entendida no solo como una construcción determinada histórica y socialmente que dota de sentido a las interacciones, sino que al asumirse como ‘constituyente’ incluye también en el presente la potencialidad del futuro, es decir la agencia, en otras palabras es capaz de aprehender la historia y proyectarla hacia distintos rumbos inciertos o indeterminados. En palabras del mismo Zemelman la subjetividad social articula de manera dialéctica la memoria y la utopía. (*Ibíd.*)

Dentro de la amplitud de temáticas afines a la subjetividad, para este ejercicio teórico encuentro pertinente dos reflexiones, la una es la noción de habitar que vienen desarrollando coincidentemente varios autores y que es en el momento actual donde se produce una conciencia de su capacidad analítica como lo identifica Angela Giglia (Angela Giglia 2012); la segunda es la problematización de las formas de reconocimiento social discriminatorias que constituyen un nuevo campo para desentrañar los efectos de la desigualdad social en la línea propuesta por autores como Richard Sennet y Axel Honneth. (Honneth Axel 2011; Richard Sennett 2009)

5.1 Habitar.

En el campo de los estudios urbanos la preocupación por la construcción de subjetividades ha potenciado la noción de ‘habitar’ como recurso conceptual para dar cuenta de las múltiples aristas que conforman la vinculación de los seres humanos con los espacios que habitan. ((Gaston Bachelard 2010; Alicia Lindón 2005; Pierre Mayol 1996) Este término realza la relación intrínseca entre el sujeto con el entorno habitado, y por ende permite dar cuenta de una amplia gama de fenómenos relacionados al “arraigo” como son la apropiación material del espacio y su simbolización, la identificación afectiva y el apego al lugar, la producción de narraciones y mitologías relativas al lugar, el sentido de pertenencia, etc.

Al comparar las distintas acepciones y matices que ha adquirido este término en las elaboraciones existentes aparece un rasgo importante de señalar: en sus distintos usos no tiene una escala espacial precisa, por ejemplo en la acepción de Bachelard la “función de habitar” está ceñida a la casa como representación del resguardo existencial del sujeto (Gaston Bachelard 2010); en la acepción de Lindón está también ligada a la vivienda pero entendida en su dimensión más socio-económica como proyecto de realización personal y familiar (Alicia Lindón 2005); en el caso de Mayol, el habitar está ligado a la sociabilidad

generada en el ámbito barrial al cual el individuo pertenece (Pierre Mayol 1996); o en el caso de Duhau y Giglia en donde el “habitar” puede presentarse indistintamente en espacios como la vivienda, el barrio o la misma ciudad (Emilio Duhau y Ángela Giglia 2008)

No obstante, esta imprecisión resulta comprensible en tanto la función de habitar está centrada en el sujeto antes que en el espacio mismo, por ende no obedece a una localización estática sino que adquiere una cualidad móvil, puede trasladarse según los desplazamientos materiales o simbólicos del individuo. Esto implica que el sentido de pertenencia al lugar se construye, pues no deviene mecánicamente por el hecho de ocupar un espacio, y más aún el arraigo no necesariamente es coincidente con el lugar en el que se reside. La antropología del lugar ha mostrado recientemente cómo pueden dissociarse las coordenadas geográficas del lugar físico con los elementos capaces de generar arraigo, algunos ejemplos paradigmáticos se dan en contextos migratorios en donde el anhelo por habitar en un lugar diferente genera primeramente un “abandono” simbólico del lugar de origen, que luego se volverá “real” con la empresa migratoria y que en muchos casos la pertenencia al lugar originario se reconstruye como nostalgia por el espacio habitado anteriormente. Así la noción de habitar permite justamente captar la dinámica de los flujos contemporáneos, la dialéctica entre los procesos materiales y simbólicos en la experiencia urbana y la superposición de lugares lo que Lindón hábilmente ha llamado “hologramas espaciales”. (Lindón Alicia 2007)

Aunque la función de habitar sea móvil tiene la capacidad de cualificar subjetivamente el lugar en el cual se deposita, Medardo Tapia propone la categoría de ‘espacio íntimo’ para dar cuenta de cómo la vida social está articulada espacialmente en un contexto de supuesta “des-territorialización”. La noción de espacio íntimo alude a la apropiación cultural del entorno local, a la capacidad humana de “intimar”, partiendo de que la co-existencia entre individuos genera un “sentido común” entendido como significación negociada de compartir un espacio. (Medardo Tapia 1997) No obstante es importante señalar que, siguiendo al autor, la co-residencia no implica necesariamente la producción de un espacio íntimo, sino que éste es resultado de los procesos de comunicación, de identificación y de intersubjetividad. Justamente es esta dirección en que el lugar se constituye como referente de pertenencia social mediada por la espacialidad.

5.2 Desigualdad y menosprecio.

Dentro del espectro de los debates en torno a la subjetividad en las sociedades contemporáneas, las reflexiones de Sennet en torno a la “escasez de respeto” resultan altamente sugerentes. (Richard Sennett 2009). Para este autor el respeto es un tema fundamental para desentrañar la organización social, pues cada sociedad reconoce valores diferenciados a individuos o grupos humanos en función de lo que se considera “apreciable” en diferentes contextos histórico-culturales. No obstante el problema del respeto se complejiza en tanto existen varias formas de desigualdad, desde el talento hasta las oportunidades condicionadas por las estructuras sociales.

Este autor enfatiza la comprensión del respeto como una necesidad en sí misma, resulta vital para el sujeto el reconocimiento de los demás, sin embargo la posibilidad de satisfacer o no esta necesidad depende de los parámetros sociales que determinan la asignación de esta cualidad, en sus palabras:

“Con la falta de respeto no se insulta a otra persona, pero tampoco se le concede reconocimiento; simplemente no se la ve como un ser humano integral cuya presencia importa. Cuando la sociedad trata de esta manera a las masas y solo destaca a un pequeño número de individuos como objeto de reconocimiento, la consecuencia es la escasez de respeto, como si no hubiera suficiente cantidad de esta preciosa sustancia para todos” (*Ibíd.*, 17)

Esta reflexión resulta útil para mirar la estigmatización espacial justamente como un problema de escasez de respeto, y en tal condición permite entender los conflictos por la significación del lugar como una arista de la amplia problemática de la desvalorización y su importancia en la disputa por el reconocimiento social, en este caso a través de la imagen del barrio y sus habitantes. De forma muy similar Honneth teoriza y especifica más a fondo las distintas aristas del reconocimiento social y establece que la injuria y la estigmatización afectan la autoestima del sujeto en el contacto con otros, es decir que sitúa esta problemática en el campo de lo social diferenciado tanto del campo del derecho que compete al Estado como del campo del amor (entendido como cuidado y provisión de afecto) que compete al ámbito de la familia. (Honneth Axel 2011)

Ambos campos de reflexión acerca de la subjetividad pueden trasladarse a la discusión sobre la ciudad en tanto alimentan la problematización planteada a lo sugerido en la propuesta del “efecto de lugar” en donde la estigmatización espacial menoscaba la construcción de un sentido de pertenencia afirmativo al lugar que se habita. Por un lado la noción de escasez de respeto permite profundizar en los efectos subjetivos de la estigmatización destacando que el reconocimiento es un campo de lucha de lo social, y por otro lado la noción de habitar permite identificar el campo de tensión en que esa lucha se plasma pues la construcción del sentido de habitar se torna ambivalente entre la afirmación y negación del lugar que se habita. Para completar el aporte teórico se presentan algunas reflexiones de la importancia del imaginario como proveedor de sentido en esta disputa.

5.3. El imaginario en las disputas por la representación de la segregación.

Muchos de los trabajos mencionados anteriormente como parte de la literatura latinoamericana que pone en evidencia las distintas estrategias por parte de los pobladores de barrios marginales para disputar la pertenencia material y simbólica a la ciudad, aparece la producción de discursos que al nombrar de manera específica la espacialización de la diferencia social instituyen una forma de representación sobre la legitimidad del lugar. Por ejemplo la identificación de ciertos poblamientos como “invasiones” y a sus agentes como “invasores”, o “intrusos” en la ciudad; o cómo se establece la división entre el espacio “perteneciente” a la ciudad y el espacio “relegado” de ella.

El estudio de estas operaciones discursivas y sus efectos en la legitimidad de la ocupación del lugar y la estigmatización espacial, da luces sobre el funcionamiento de la economía-política de la representación, pues se evidencia la ideología que da soporte a la hegemonía que define los espacios deseables de la ciudad y sus contrapartes los espacios despreciados. Así la representación de la exclusión como “invasión” legitima intervenciones como desalojos directos o indirectos u otro ejemplo ilustrativo es la representación del lugar como “degradado” o “enfermo” que requiere una intervención urgente legitimando así procesos de gentrificación.

Sin embargo si retomamos la reflexión sobre los imaginarios urbanos vale preguntarse no solo por los intereses que están en juego en la construcción de representaciones sino también por las fabulaciones que las impulsan, es decir poner atención al fantasma que se deja ver tenuemente en las construcciones simbólicas impregnadas de subjetividad. Esta idea permite pensar por ejemplo que la significación de la desigualdad como “intrusión” no responde únicamente a la necesidad material de obtener o mantener una ganancia plasmada en el espacio urbano sino que está impulsada también por el temor, por la necesidad de mantener a distancia lo que se teme, el rostro del ‘otro’ que encarna la exclusión estructural que es en definitiva una amenaza global de la que nadie está a salvo como sostienen varios autores contemporáneos (Bauman Zigmunt 2006)

La teoría de imaginarios urbanos provee un recurso conceptual útil para este tipo de indagación que es la idea de “croquis ciudadanos”. Este concepto hace referencia a las divisiones simbólicas de la ciudad que crean los mismos ciudadanos, muchas veces asumiéndolas como verdaderas más allá de su referente empírico concreto. La explicación de Silva resulta bastante clarificadora:

“Si el mapa marcaba unas fronteras determinadas de propiedades políticas y geográficas los croquis desmarcan los mapas y los hacen vivir su revés: no lo que se impone (como frontera) cuanto lo que me impongo (como deseo). Los mapas son de las ciudades. Los croquis pertenecen a los ciudadanos” (Armando Silva 2004; 27)

Así los croquis reflejan lógicas colectivas de interpretación del entorno urbano, siendo “percepciones territoriales, muchas veces sin espacio geográfico, pero sí como expresión del lugar figurativo (en ocasiones narrativo) donde se revelan circunstancias de la vida social” (*Ibíd.*, 21) Este concepto va de la mano de la noción de “punto de vista” que vuelve concreta la idea central de la percepción como construcción subjetivada por la mirada desde variables sociales como el género, la edad, o el nivel socio-económico. Así la perspectiva permite relativizar la percepción pues no todos “ven lo mismo” y este principio llevado a la construcción de croquis conduce a pensar en la necesidad de establecer fronteras intra-urbanas guiadas por sentimientos, emociones, memorias, ficciones, etc, como mecanismo de conjurar los peligros de las distancias sociales reconvertidas en amenazas.

Este ejemplo constituye una muestra de cómo se puede interpretar la formación de croquis urbanos, entendidos como divisiones imaginarias de la ciudad motivadas por las subjetividades que se constituyen en una forma de significar el orden urbano jerárquico. Si atendemos con este lente al problema de la estigmatización de los barrios marginales, se puede plantear que el imaginario alimenta la ficción acerca de la distancia social, haciéndola más o menos insalvable dependiendo de los juegos de poder que la constituyen. Así mientras los discursos reivindicativos enfatizan la pertenencia a la ciudad, significando la ubicación espacial como indicador de “formar parte de”, mientras que en los discursos segregacionistas la misma localización adquiere sentido de “transgresión de límite” de la ciudad.

Pero cabe enfatizar la representación sobre los límites y las divisiones de la ciudad, si bien implica una estrategia más o menos explícita de inclusión-exclusión de los grupos subalternos, se alimenta también de la ficción y la imagería evidenciadas en que los desplazamientos de las línea divisorias están relacionados con los desplazamientos de sentido dentro de un campo semántico que significa las diferencias a través de recursos

también metafóricos. En tal virtud no están en juego únicamente intereses materiales sino también afectos, empatías y temores que intervienen subrepticamente en la lucha por el espacio.

En conclusión, siguiendo un escrito clásico de Simmel titulado “Puente y puerta” (George Simmel) en el que se utilizan estos dos términos para dar cuenta precisamente de los procesos de juntar (puente) y separar (puerta) enfatizando que el orden simbólico tienen la capacidad de separar lo que está junto y juntar lo que está separado, esta ponencia plantea la importancia del estudio de los “croquis ciudadanos” como formas de significar los procesos de segregación socio-espacial que caracterizan a las ciudades latinoamericanas, en donde el recurso imaginario hace inteligibles las paradojas del orden espacial marcadas por las simetrías y desfases entre la distancia física y la distancia social.

6. Bibliografía

- Alicia Lindón. 2005. «El mito de la casa propia y las formas de habitar.» *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*.
<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-194-20.htm>.
- Angela Giglia. 2012. *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Antrhupos-UAM.
- Armando Silva. 2004. *Imaginario urbano: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos. Metodología*. Bogotá: Convenio Andrés Bello; UNiversidad Nacional de Colombia.
- . 2013. *Imaginario, el asombro social*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Augé Marc. 2001. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman Zigmunt. 2006. *Confianza y temor en la ciudad: vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.
- Bolívar Teolinda, y Erazo Jaime, eds. 2013. *Los lugares del habitat y la inclusión*. Quito: FLACSO Ecuador; CLACSO; Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Bourgois Philippe. 2010. *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Cuervo Mauricio. 2003. «Ciudad y complejidad: los rumbos». En *Ciudad y complejidad*. Bogotá,: Creación Humana.
- Emilio Duhau, y Ángela Giglia. 2008. *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Sigo XXI-UAM.
- «Foucault, Michel - Los Espacios Otros - Documentos de Google». 2014. Accedido diciembre 15.
https://docs.google.com/document/d/1e_rh6BVLfRaG9akuHUAcxWYppIEly7OZtO3wlmzxxUK/edit?hl=es.
- Gaston Bachelard. 2010. *La poética del espacio*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- George Simmel. «Puente y puerta». En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*.
- Gorelik Adrián. 2014. «E Imaginario urbano e imaginación urbana: Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos». Accedido diciembre 15.
http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0250-71612002008300008&script=sci_arttext.

- Henry Lefebvre. 1983. «La ilusión urbanística». En *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hiernaux Daniel. 2007. «Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos». <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609903>.
- Honneth Axel. 2011. *La sociedad del desprecio*. Madrid: Trotta.
- Hugo Zemelman. 1997. «Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica». En *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: UNAM; ANTHROPOS.
- Jaramillo Samuel. 2009. *Hacia una teoría del suelo urbano*. Bogotá,: Uniandes.
- José Luis Grosso, y María Eugenia Boito, eds. 2010. *Cuerpos y emociones desde América Latina*. Córdoba: CEA-CONYCEP, Universidad Nacional de Catamarca.
- León Emma, y Zemelman Hugo, (Coords). 2007. *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Universidad Nacional Autónoma de México; Anthropos.
- Lindón Alicia. 2007. «Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales». *Eure XXXIII* (99). <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609904>.
- Lindón Alicia. 2014. «Los giros de la geografía urbana: frente a la pantópolis, la microgeografía urbana». Consultado diciembre 15. <http://www.ub.edu/geocrit/-xcol/81.htm>.
- Luis Peña. 2011. *Algunos elementos metodológicos para pensar espacialmente en ciencias sociales*. Serie II 5. Bogotá: Universidad Externado de Colombia; CIDS.
- María Carman, Neiva Vieva da Cunha, Ramiro Segura, Coordinadores. 2013. *Segregación y diferencia en la ciudad*. FLACSO, Sede Ecuador : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) : Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda,. Hacedores de ciudades; 4. Quito.
- Medardo Tapia. 1997. «El espacio íntimo en la construcción intersubjetiva.» En *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: ANTHROPOS-UNAM.
- Michel de Certeau. 1996. *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Vol. I. 2 vols. México DF: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente: Universidad Iberoamericana.
- Park Robert. 1999. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: El Serbal.
- Pedro Abramo. 2011. *La producción de las ciudades latinoamericanas: mercado inmobiliario y estructura urbana*. Quito: OLACCHI; MDMQ.
- Peter Hall. 1996. *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Pierre Bourdieu, y et.al. 1999. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.
- Pierre Mayol. 1996. «Habitar». En *La invención de lo cotidiano. Habitar, cocinar*. Vol. II. México DF: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente: Universidad Iberoamericana.
- Richard Sennett. 2009. *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- Rita Segato. 2006. «En busca de un léxico para teoprizar la experiencia territorial contemporánea.» *Politika: Revista de Ciencias Sociales*.
- Sabatini Francisco, Salcedo Rodrigo, Càceres Gonzalo, y Wormald Guillermo. 2010. *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas. Análisis censal 1982-2002*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile; Instituto Nacional de Estadísticas.
- Teresa Pires do Rio Caldeira. 2007. *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Tuan Yi-Fu. 2007. *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Madrid: Melusina.
- Wacquant Loic. 2001. *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

———. 2010. *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*.
Barcelona: Gedisa.